

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 364

Barcelona, 31 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Frente a la moral per- vertida que se

ha querido imponer a
un pueblo al que su-
ponían indefenso, ese
pueblo vuelve a en-
contrar sus fuerzas
morales y las junta.

(Del artículo: "Doma moral").

IDEAS Y DOCTRINAS

DOMA MORAL

La incomprensión social y las torpes luchas de clases, al debilitar a una nación, facilitan el advenimiento de la dictadura. Una dictadura tiene siempre aspecto de ser fuerte. ¿Cómo podría ser de otra manera, cuando su mérito consiste precisamente en salir, armada hasta los dientes, de un desorden que los aspirantes a dictadores se habían complacido en hacer inextricable? Llegado al Poder, el dictador, impone en el acto una obediencia muda a la nación que ha cometido la imprudencia de someterse al experimento. Puede ocurrir que, durante algún tiempo, los antiguos ciudadanos libres que no supieron hacer un uso reflexivo de su libertad, se sientan, sin avergonzarse demasiado, libres de toda responsabilidad cívica.

Pero esto dura poco. Cinco años después de instaurado el régimen, no subsiste nada de la fascinación que, en sus comienzos, pudo ejercer sobre las masas. Por otra parte, ya no quedan masas uniformes, maleables a voluntad, cuya doma moral se perpetúa a través de los siglos. Es un error dar por descontada la abdicación definitiva de intereses múltiples y de opiniones varias, en provecho de un Estado que se obstina en desconocerlos. El Estado totalitario ignora todo lo que se refiere a los hombres. Un Estado así será fuerte en la medida en que los hombres consientan en ignorarse, lo cual no ha sucedido nunca del todo, ni aun en los tiempos en que la dictadura se hallaba en su primera gloria. Pero, cinco años después, está, moralmente, acabado.

El mensaje dirigido por el *fürher*-canciller al pueblo alemán con motivo del Año Nuevo tiene un retraso de varios años. Hitler celebra todavía la obra de unificación del Estado, llevada a cabo por la revolución nacionalsocialista. Según él, Alemania es un Estado fuerte, unido a amigos fuertes y capaz de contener la revolución judío-bolchevique. Palabras y conceptos desusados, refutados por la lógica de los hechos. La unificación de Alemania significa simplemente la servidumbre de todas sus provincias al mismo partido dominador. Esta unificación se hizo para ventaja exclusiva de los dirigentes, aborrecidos por el pueblo.

Lo que ellos llaman su revolución es la intensificación extremada de un capitalismo monopolizador, en vías de devorar las fortunas de tipo medio, después de haber reducido al estado de siervos a los asalariados. Es, además, la militarización total de la nación, que no vive más que para la guerra y produce, sobre todo, material bélico, aunque se da cuenta, con angustia, de las catástrofes a que forzosamente ha de arrastrarla su economía dirigida en sentido único. Hitler, por su parte, cree que un Estado muy fuerte es aquél en que todo un pueblo mal alimentado se ocupa en armar a sus opresores. Es verdad que, en su mensaje, tuvo la precaución de afirmar su voluntad de mantener la paz, el más preciado de todos los bienes.

No mantiene la paz quien quiere, y después de haber consumido todos los demás bienes de una nación, se llega al resultado de atacar, un día u otro, a ese bien más preciado. Hitler se cree unido a amigos fuertes. Aceptemos lo de fuertes. En estos momentos, la amiga más fuerte es Rumania, la cual, por lo menos, no está comprometida en una guerra desgraciada. Queda la revolución judío-bolchevique, que esta dictadura se cree capaz de contener. No es difícil

contener los peligros ilusorios. Otra cosa sería si en Alemania existiera una verdadera propensión a la dictadura comunista. Pero los alemanes no han dejado de sacar ciertas enseñanzas de la dictadura que sufren provisionalmente. No desean de ningún modo eternizarla, reemplazando simplemente el absolutismo de un partido por el otro.

Hitler tiene una sola eventualidad que temer y es la formación de un frente popular que se extienda de izquierda a derecha, y de la oposición revolucionaria a la oposición conservadora. Entonces se hará la unificación auténtica del país, que es la que él realmente teme, aunque evite hacer alusión a ella. Sin embargo, a veces se le escapan algunas palabras a ese respecto, y entonces habla con entonación que ya no es falsa y que un bolchevismo imaginario no podría arrancarle. Por lo demás, el dictador divaga a su gusto sobre los hombres y las cosas de un país al que ignora en absoluto. Pero como, por otra parte, posee el sentido del Poder, se hace una idea aproximada de sus probabilidades de duración. Puede tenerse la seguridad de que, en este punto, es menos optimista que Lord Halifax y que la mayor parte de sus demás visitantes de categoría.

No hay dos maneras, bajo el terror, de combatir el mal y de apresurar su término. Sólo existe una. No es la lucha abierta, no obstante los erróneos reproches que los observadores extranjeros hacen a los alemanes, por abstenerse de emplearla. Es la propaganda murmurada, es la acción clandestina que puede, sin embargo, llevar a sus autores al cadalso; y es, ante todo, la liberación de las conciencias de todo aquello que pertenece al régimen, tanto de su personal como de sus actos y de su doctrina. Los desvergonzados abusos que se cometen, al provocar la indignación, aguzan el sentimiento de la dignidad humana. La opresión da a la libertad un sabor imprevisible: de incomprendida que fuera y de desprezible que pudiera parecer, se convierte en condición de vida. Ya se sea rico o pobre, creyente, intelectual, de espíritu rudo o cultivado, ese régimen sin humanidad da a todo el mundo la impresión de ahogo. Moralmente, ese pueblo se ha distanciado ya de él.

El régimen lo comprende perfectamente y, por ello, pone mayor empeño en su doma moral, que ha sido durante largo tiempo el arma más eficaz contra ese pueblo. Lluven los castigos por delitos comunes o de raza. Se condena a trabajos forzados por escuchar emisiones extranjeras, lo que no impide a las mujeres de los industriales escucharlas y captar su emisora, es decir, la del Frente Popular alemán, instalado fuera del país. La persecución religiosa ha convertido a muchos sacerdotes y pastores en héroes universalmente venerados, cosa que también ha sucedido con los obreros decapitados por distribuir proclamas ilícitas. El sermón pronunciado inmediatamente antes que el predicador haya sido detenido y las cartas escritas por los condenados a muerte al acercarse al suplicio, constituyen una prosa que la gente hace circular secretamente y que se lee con más fervor que el *Mein Kampf*.

La doma moral del régimen tropieza con grandes obstáculos. Frente a la moral pervertida que se ha querido imponer a un pueblo, al que suponían indefenso, ese pueblo vuelve a encontrar sus fuerzas morales y las junta. Esto es, en realidad,

(Continúa en la página siguiente)

Una obra maestra de la táctica

La prensa fascista europea y la toma de Teruel por el Ejército de la República

El diario «Freiheit», de Basilea, dice en un artículo referente a la toma de Teruel, que en los círculos militares de Alemania se consideran las operaciones de los republicanos como una obra maestra de la táctica.

Publica luego un artículo de «Deutsche Wehr», órgano del Estado Mayor alemán, núm. 1, 1938, del que copia el periódico la siguiente frase: «Hay que confesar, por parte de los «nacionales», que las operaciones enemigas han sido llevadas a cabo magníficamente, tanto en relación a las fuerzas que tomaron parte en ellas como a la ejecución del plan, superando lo de Brunete.»

En Segovia, los facciosos han cometido más de tres mil asesinatos

La vieja capital estuvo a punto de rendirse a los leales a los pocos días de la sublevación

Aquello que en un principio pudo parecer un acontecimiento, se ha convertido ya en la historia de todos los días. ¿Qué representa ahora un evadido de las filas facciosas? Un número más entre los ya incontables de todas las jornadas.

Casi todos los evadidos suelen referir lo mismo. Por lo general, son muchachos sencillos, campesinos que no pueden resistir un día más la tiranía fascista. Todos, como nacidos del pueblo, sienten la causa del pueblo en lo más hondo. Pero, de vez en cuando, llega también a nuestras filas algún muchacho que ha tenido actuaciones en sindicatos o partidos políticos de izquierda y ¡quién sabe a costa de cuántos trabajos ha logrado escapar de la zona fascista!

UN AFILIADO A LA J. I. R.

Recientemente llegó a nuestras líneas de Aragón un muchacho, antiguo afiliado a la Juventud de Izquierda Republicana de Madrid, que ha vivido en una vieja capital castellana los crímenes del fascismo y que, tan pronto como le fué posible, se evadió de sus filas, aun a trueque de que su familia sufriera horribles represalias. Deja a su padre en las cárceles de Franco; pero anhela luchar para liberarle y viene a reclamar el puesto que a nuestro lado le corresponde.

Entre exclamaciones de espanto nos habla de la España sometida. Está admirado de lo que ha visto en la zona leal y, sobre todo, de «su Madrid», que es tan distinto del que pintaban los fascistas. Reúne sus recuerdos y relata:

«Cuatro o cinco noches antes de la sublevación cundían rumo-

res alarmantes por los Centros políticos de izquierda de Segovia. Se creyó oportuno hacer guardia en los locales, y nada anormal confirmó nuestras sospechas. La noche anterior patrullamos por las calles. Los muchachos de la J. I. R. se mostraban decididos y entusiastas, aunque, como los restantes grupos del Frente Popular, contrariados por el escaso armamento de que disponían. Nada sucedió tampoco esa noche, y nos retiramos a nuestros domicilios cuando ya clareaba la mañana del día 18 de julio.

EN ESTADO DE GUERRA

Bien entrada la mañana irrumpió en la plaza del Azoguejo, muy concurrida a esas horas, una sección de soldados con equipo de campaña, al mando de un teniente. Se detuvieron en el centro de la popular plaza y se leyó por primera vez el bando por el que se declaraba el estado de guerra. Al grito final de ¡Viva la República!, dado por el oficial, contestó el público con los puños en alto, ocasionando la amenaza de que se dispararía contra los que repitiesen aquel ademán. La gente, aterrada, se dispersó. El fascismo se había asentado en Segovia.

No hubo posibilidad de resistir. Se fué a la huelga general; pero a los dos días era dominada por el terror. La lucha había concluido en Segovia y comenzaba la represión brutal. No así en la provincia. En El Espinar destruyeron una camioneta de la Guardia civil. En La Granja se resistió; pero pronto hubieron de sucumbir ante la fuerza arrolladora del número. Corrió la sangre y las bayonetas de la reacción empezaron su terrible cometido.

(Continúa en la página tercera)

En Teruel, con los servicios médicos británico y americano

Frente de Teruel, enero 1938.

Arriba, en las montañas, libra el Ejército republicano una batalla terrible contra los invasores. La ciudad inconquistable está tomada, y los españoles se mantienen firmes. Estoy con los servicios médicos, que se hallan más cerca del frente que lo ha estado nunca hospital alguno. Metidos en barro hasta el tobillo, rodeados de casas en ruinas, sin dejar un momento de oír los disparos de la artillería, nos hallamos hora tras hora, día tras día, de cara a la horrenda realidad. Todo está bien organizado. Los cirujanos están distribuidos de acuerdo con su especialidad; las heridas abdominales se tratan en los hospitales de primera línea; las de brazos y piernas, un poco más lejos. En otro lugar, hay un hospital para enfermedades generales, en el que también se presta asistencia a los que padecen ulceraciones producidas por el frío. Los equipos móviles, compuestos por un cirujano y una enfermera auxiliar con sus respectivos ayudantes, el encargado de aplicar la anestesia y otros varios, se trasladan de un sitio a otro, rápida y eficazmente, y montan salas de operaciones donde quiera que hace falta. Las ambulancias se encargan de traer a los heridos de la línea de fuego, y de evacuarlos a retaguardia después de operados. Sin cesar, entran y salen camilleros. Aquí se desarrolla la acción; aquí la lucha. No podemos acostumbrarnos a este horrible sufrimiento; pero nos alienta a perseverar en nuestra labor, el saber que mueren muy pocos de los camaradas que tenemos a nuestro cuidado. Una de las enfermeras inglesas dijo: —Me gusta el trabajo cuando lucho por salvar vidas de hombres.

TERUEL HA SIDO TOMADO POR LOS ESPAÑOLES

Como todo el mundo sabe, Teruel ha sido tomado por el Ejército del pueblo español, sin la menor ayuda de los internacionales. Los únicos extranjeros eran aquellos que se hallaban en el auto-hospital inglés (el quirófano rodante donado por la Sociedad de Artistas y Dibujantes Litógrafos de Inglaterra), que llegó al frente antes de Navidad. Lo conducían Charles Innocent y Jim Smyth, que también prestaron servicio como ayudantes en el quirófano. El cirujano español doctor Quemada era el director. La enfermera auxiliar de operador era Kathleen Cresswell, que vino recientemente de Inglaterra. También se hallaba allí el doctor Furham, que estuvo en Teruel el día de Navidad. Este equipo hizo una excelente labor, especialmente en los casos de heridas en brazos y piernas. Trabajaba toda la noche, alternando con un equipo español que prestaba servicio de día. De esta forma no había interrupción y los heridos no tenían nunca que esperar. Durante algún tiempo bajaron conjuntamente con un tren-ambulancia, el cual fué bombardeado por los fascistas. El Dr. D'Harcourt, director de los Servicios Médicos Españoles, escribió una carta al equipo inglés dándole gracias por la labor que realizó en aquella batalla histórica.

Los demás ingleses llegaron en Año Nuevo y se establecieron en un pueblo tan próximo al lugar de la lucha que los heridos graves recibían asistencia en menos de una hora. Aquí, tres cirujanos, los doctores Barsky (americano), Demont (belga) y Broggi (español) tenían sus equipos particulares. Con ellos trabajaban el doctor Reginald Saxton, que ha prestado servicio en el fren-

te durante toda la guerra; el doctor Jerry Steele, Phyllis Hibbert, Dorothy Rutter y Lilian Urmston, enfermeras inglesas; Una Wilson, de Australia; Esther Silverstein, Irene Goldin y otras, de América. Keith Andrews, de Londres, y Robert Webster, de Pittsburg, trabajan en el camión de desinfección. Un poco más allá, otras dos enfermeras inglesas, Joan Purser y Ada Hodson, prestan servicio con los cirujanos españoles.

Todas estas camaradas internacionales han sido felicitadas por su valor por el general.

BOMBAS INCENDIARIAS ALREDEDOR DEL HOSPITAL

Ni por un minuto puede uno olvidar que estamos en guerra. Los dos pisos de la casita que ha sido convertida en hospital, están llenos de camas. Sólo quedan aquí los heridos más graves. A todas horas llega del otro lado de la colina el estampido del cañón. Tan pronto como se abren las nubes, los aeroplanos fascistas se elevan en grupos de a treinta o más, y, rozando las cimas de las montañas, avanzan hacia el pueblo. La población civil corre a refugiarse en las cuevas abiertas en los montes. En el limpio cielo azul, vemos avanzar en formación a los aviones de bombardeo. Algunas veces se desvían y, alineados, describen círculos sobre el sitio donde adivinamos que están las trincheras. Nos sobrecogemos al oír el trepidar de las ametralladoras. Las ambulancias no vienen. Esperan a que oscurezca; la noche nos las traerá. Algunas veces, los aeroplanos no se desvían; vienen rectos hacia nosotros. Ayer vinieron desde cuatro sitios diferentes y formaron la svástica sobre el hospital. Luego rompieron la formación y descendieron. Ametrallaron los muros y el tejado y las mantas tendidas al sol. Lanzaron bombas incendiarias por todo alrededor. Cuando desapareció el ruido de los motores y cesó la cascada de cristales hechos añicos, subí a las salas. Phyllis Hibbert acababa de poner una inyección a una camarada que ocupaba una cama cerca de la ventana. Díjome el herido que una bomba de mano había hecho explosión fuera; pero que la enfermera no había abandonado su obligación. Lilian Urmston e Irene Goldin iban de un lecho a otro tranquilizando a los hombres. Al hacer yo observar su valor, Lilian Urmston dijo:

—Cuando se está cumpliendo un deber, no se debe abandonar.

Bajaba por la escalera cuando volvió a oírse el zumbido trágico. Una

muchachita española entró rápidamente por la puerta trasera y, cogiéndome de la mano, tiró de mí hacia la cueva. Allí estuvimos algunos de nosotros, acurrucados sobre el suelo, apretadamente unidos por el terror. La tierra se estremeció al caer una bomba en la colina de enfrente. Esperamos en silencio, en la obscuridad, lo que pudiera venir después. La niña aun estaba asida a mí y suspiraba. A poco, se oyó el golpear de las balas disparadas con las ametralladoras desde el aire y la explosión de bombas de mano. Pen-

sé en los heridos y en las enfermeras que estaban arriba. Luego, pasó el peligro. Salimos al sol y vimos que de la colina se elevaba una columna de humo. El ataque contra el pueblo y contra el hospital duró seis horas. No tomamos alimento en todo el día, pues la cocina y nuestro comedor están fuera, en el patio, bajo un cobertizo. Hicimos cuanto pudimos por los heridos. Había pan, compota y café para ellos dentro de la casa. Todos los días no son como éste; pero puede decirse que, desde que vinimos aquí, hemos sufrido

ataques aéreos por término medio tres veces a la semana. Las enfermeras y los médicos han recibido el orden de no ponerse las batas blancas más que en el momento de practicar alguna operación. Yo he visto que los fascistas han disparado sus ametralladoras desde los aviones contra las enfermeras. Esta mañana presencié cómo un *chauffeur* empapaba un trapo en el barro y trataba de borrar la cruz roja y del disco blanco de su coche-ambulancia. No satisfecho aún, los tapó con una manta.

Las ambulancias sólo pueden circular en la obscuridad

Las ambulancias empiezan a llegar todos los días al anochecer. El vestíbulo y la planta baja de la casa se llenan de camillas. Phyllis Hibbert va de una a otra poniendo inyecciones antitetánicas. Una camarada española va con ella para cortar las ropas de los heridos. Estos, sucios, sangrantes y pálidos, dan muestras de extraordinaria paciencia. Vi cómo Phyllis buscaba al primer cirujano que estuviera libre para atender a un hombre que tenía una herida grave de vientre.

—¿Puede usted operar a éste después?—preguntó.

El herido sonrió al doctor y dijo: —Cure a otros primero. Yo estoy bien.

Parece un relato tomado de un libro de actos valerosos. La guerra está llena de estos incidentes. Todo el mundo habla aquí del magnífico valor de los españoles cuando están heridos. Vi al doctor aplicar una anestesia local a un hombre que había perdido un ojo de un tiro. Al principio gritó; mas, como si de repente recordase que ello era poco cortés, se excusó diciendo:

—Camaradas, me estabais haciendo daño.

LAS ENFERMERAS DAN SU SANGRE

Cuando se ve que un hombre está demasiado débil a causa de la pérdida de sangre, se llama al doctor Saxton para que le practique una transfusión. Posee varios juegos de instrumentos y su ayudante español, Angel, siempre tiene uno preparado. El doctor Saxton ha inventado una mesa especial de operaciones para los hospitales del frente. De pie, parece un armario. De costado, es tan alta como una cama. Este médico emplea, a veces, sangre enviada desde Valencia o Barcelona; pero no tiene refrigerador

en que guardar la cantidad sobrante. Anoche visitó a Aileen Palmer, la secretaria; a Lilian Urmston y al dentista español para que dieran su sangre. Usa el aparato que el verano pasado le proporcionó el Comité Español de Ayuda Médica, de Londres. Ha hecho un estudio profundo de la transfusión de sangre y hay que estar aquí para ver lo que esta labor, callada y meticulosa, significa para los heridos graves.

He aquí una escena típica. Es media noche. Un fuego de leña arde en el hogar. El suelo de la pequeña estancia está lleno de camillas. Phyllis Hibbert se arrodilla junto a una camilla, con una jeringa en la mano, y al mismo tiempo mira a la camilla próxima.

—Ese hombre se está muriendo —dice rápidamente, y sale de la habitación.

Vuelve en seguida y le pone una inyección; el doctor Saxton la sigue. La enfermera que se ha ofrecido para dar su sangre, se sienta en el suelo. No se hacen preparativos minuciosos. Hay que proceder con rapidez. Cuando la operación ha terminado, sale el médico y me dice:

—Dale un poco de café.

Pero cuando quiero recordar, la enfermera se ha marchado de nuevo a su sala. Espero, mientras los camilleros suben a un herido, y voy a verla. Está preparando una cama para el próximo caso. Al bajar, las luces se apagan. Saco mi linterna y alumbro a Phyllis, que pone una inyección. Pronto vuelve la claridad. Un *chauffeur* entra y comunica al doctor Crome la situación de una ambulancia.

—Llame a Aileen—dice.

Entra ésta en la habitación, fresca y riente. Viste pantalones de pana, botas altas y un enorme abrigo de piel de cordero. Me recuerda a

uno de los niños perdidos, de Peter Pan.

—Escribe cartas en español a Fulano y Zutano, sobre tal y tal cosa —dice.

Va a un cuchitril que hay debajo de la escalera, el cual ha sido convertido en oficina; hay un aparato de luz eléctrica y añade una mesa, una silla y una máquina de escribir. El doctor Crome llama a «uno de los *chauffeurs* de más confianza» y le da las cartas.

—Si el terreno no está en manos de los fascistas, traiga esa ambulancia—le ordena.

Sale a la obscuridad. Esther me llama para que vaya con ella a buscar más material esterilizado. El camión de esterilización está un poco más lejos. Marchamos trabajosamente por el barro; cruzamos un arroyo; pasamos junto a un centinela envuelto en un amplio capote. La luna está velada por la niebla.

En el camión de esterilización encontramos a Keith Andrews. Nos da dos cajas a cada uno y volvemos a través del barro y del arroyo.

EL HOSPITAL CAMBIA DE LUGAR DURANTE LA NOCHE

Una noche, Lilian Urmston y yo nos acostamos a la una. A las 4-30 las demás enfermeras nos despertaron. Lilian, Dorothy Rutter y dos de las enfermeras americanas tenían órdenes de trasladarse a otro lugar. Recogieron su equipo y se marcharon. Más tarde las seguí y pude comprobar con qué habilidad montaban un quirófano y una sala en el edificio que les destinaban. Tardaron menos de medio día. Las vi trabajar sin descanso veinticuatro y treinta y seis horas. Uno de los pacientes mostraba gran alegría cuando Dorothy Rutter estaba de servicio. Le pregunté a ella por qué.

—Le he cuidado ya otra vez, cuando fué herido en otro frente—dijo.

Hombres sin esperanzas, con heridas tremendas, contaban cuentos y reían. «Cuando fué herido en otro frente...» Así, él ya había pasado por esto antes... Ningún español piensa más que en continuar hasta que los invasores sean expulsados de España. Cuando un hombre trajo un poco de café (usamos las latas de leche condensada vacías, como tazas), uno de los heridos pidió te inglés. Dorothy Rutter le dió el que tenía para ella. Hizo muecas, no parecía que le gustara; pero le hacía gracia beberse el te de su enfermera. En la sala había una estufa. Las enfermeras mudaron las camas y dieron a cada uno de los pacientes una camisa limpia y les vendaron de nuevo las heridas. El ambiente era agradable y lo comparé con el sufrimiento que vi pocas noches antes, cuando aquellos mismos hombres

DOMA MORAL

(Continuación)

lo que podía esperarse de los alemanes bajo el régimen de terror a que están sometidos; pero al cual, por esas mismas razones de moralidad, no soportarán siempre. Se replicará que el régimen dispone de una fuerza material imposible de vencer, de milicias preparadas para la guerra civil y de un ejército cuya vocación es precisamente la de suprimir en el cerebro de los reclutas toda idea peligrosa. En realidad, un ejército nacional será siempre la imagen del Estado a que sirve. Al imperio correspondía un ejército con leyes rígidas y medidas de una severidad patriarcal. Hoy, que se hallan en el Poder aventureros sospechosos, es inútil que el ejército se esfuerce: nunca logrará ser un ejército regular, ni tendrá esa áspera corrección sobre la que se fundaba antiguamente la fe popular.

El ejército del régimen, a pesar de la buena voluntad de algunos generales honrados, pero

desbordados, está cada día más contaminado por la manía persecutoria del Estado. El soldado se convierte en enemigo a quien hay que reducir. Como los *ejercicios de castigo* se hacen, no en interés del servicio, sino para quebrantar al hombre moral y físicamente, en el ejército se cuentan muchos suicidas. Muchos oficiales se alarman por ello y manifiestan públicamente su voluntad de distanciarse del régimen, como todo el mundo. Habiendo entrado en un «restaurant» un grupo de jóvenes campesinos católicos, desde la mesa vecina se oían sus rezos antes de comenzar la comida. Eran oficiales los que se hallaban en esa mesa vecina. Y estos oficiales ofrecieron una copa a los campesinos, dándoles esta explicación:

«Por haberse mostrado ustedes valientes.»

Heinrich MANN

(«La Dépêche», 28-I-1938.)

Delirios de grandeza

Prosiguen los comentarios de la prensa facciosa con motivo de la batalla de Teruel. Hoy, cuando las enconadas tropas de Franco orden en su tercera embestida contra la ciudad «sin importancia», que tanto les ha interesado reconquistar, juzgamos conveniente reproducir dos párrafos aparecidos, respectivamente, en el «A B C» y en «F. E.» de Sevilla. Se pretende en ellos disimular la sorpresa del fracaso sufrido, con la afirmación categórica y gratuita de que el propósito del «generalísimo» sobrepasa los límites estrechos de la reconquista de tan simple objetivo. «Más aliento — se dice — ha tenido la empresa militar.» Doble fracaso entonces. El destino de los militares sublevados se cumple. Por querer demasiado, se quedan sin nada. Dicho está que las tropas de Franco no se conformarían con recuperar Teruel. «La guerra que aspira a hacer el generalísimo — se añade — es de comunicaciones, de frentes grandes, que absorben grandes masas y dan ocasión a maniobras estratégicas.»

¿Dónde se han revelado tan amplias ambiciones bélicas? Hasta ahora en ninguna parte. Franco y sus generales no han dado muestras sino de un propósito mezquino, que satisficiera cumplidamente su exacerbado amor propio. Por su designio, la guerra se convirtió no precisamente en una gran empresa, más bien en una pequeña venganza. La terquedad puesta y malgastada en vengar la derrota de Teruel ha sido, tal vez, el mayor disparate de la estrategia facciosa. El mundo entero lo ha reconocido así. Disparate a la fuerza, impuesto por las circunstancias para evitar, en lo posible, la caída al plomo de un prestigio castrense mal ganado. En las líneas que copiamos a continuación se transparenta un único miedo — ráfaga, veniza o llama — que arrebató las conciencias y hace empalidecer los semblantes de los militares traidores: el miedo, imposible de vencer, y muy difícil de disimular, a la propia retaguardia.

«Con llegar ante Teruel ya estaba nuestra misión más que cumplida. Nuestra sola presencia desbarataba todo el plan de los rojos. Pero no nos hemos limitado a un acto de presencia pasiva, encurriendo nuestra acción y limitándola al acto de ocupar Teruel. Más aliento ha tenido la empresa militar. El problema tenía una fase posterior a la urgencia sentimental del socorro, y esa fase recia, de alto vuelo estratégico, se está cumpliendo maravillosamente en torno a las defensas de Teruel, donde los rojos era posible apoyaran sus reacciones.»

«(«A B C», Sevilla, 6-I-1938.)»

«La batalla de Teruel, por ahora, presenta escaso frente, y éste servido por una sola carretera. La guerra que aspira a hacer el Generalísimo Franco es de comunicaciones de frentes grandes, que absorben grandes masas y dan ocasión a maniobras estratégicas. Esta guerra no es la frontal que se lleva a cabo en Teruel. Por ello, en busca de la condensación de efectivos que se opera aquí, hay derecho a pensar que el corredor de Teruel va a desbordarse, terminando la maniobra, lo que comenzó el choque de pechugón y a la bayoneta. En las próximas jornadas barruntamos un alargamiento de los brazos de nuestro Ejército de Teruel... Pero no acabamos de ver las nuevas carreteras que puedan servir la concepción que nos imaginamos.»

«(«F. E.», 7-I-1938.)»

«No acabamos de ver...» Ahí aparece resumido el estado de recelo y de desconfianza a que han llegado los facciosos, después de los descalabros sufridos por un «generalísimo» en delirio. La retaguardia de Franco no acaba de ver, por mucho que afine la vista, el triunfo final. Ha perdido la visión a ciegas, la fe — si es que alguna vez la tuvo — en los generales que aparentaban ser de cuerpo entero. Le queda la visión normal. Frente al desolado paisaje de la realidad, en lugar de verles a ellos — a Franco, a Queipo o a Yagüe — mira y ve con meridiana claridad sus sombras vacilantes — la de Franco, la de Queipo o la de Yagüe —, sombras macabras de traidores, que se bambolean, cada vez más, en los aires, sin pisar el suelo, como si ya la Justicia los tuviese suspendidos de su mano.

En Segovia, los facciosos...

(Continuación)

MAS DE TRES MIL ASESINATOS. TORTURAS. LOS JEFES DE FALANGE

Comenzó en la ciudad castellana la interminable serie de asesinatos. Los detenidos eran arrancados de sus casas y llevados ante los piquetes de ejecución, que no tenían un momento de reposo. Solamente en Segovia, la cifra aproximada de víctimas de este furor asciende a unas tres mil, entre las que están las autoridades y los elementos dirigentes de los partidos del Frente Popular. El Presidente de Izquierda Republicana figura entre las víctimas del cuarto día de terror, y pocos fueron los antifascistas que se libraron de aquella ola de sangrientos crímenes.

Los que lo consiguieron eran bárbaramente golpeados, distinguiéndose por su ensañamiento algunos agentes de Policía, entre ellos un tal Borreguero. Las escenas de tortura que en 1934 ho-

rrorizaron a los asturianos, hicieron su aparición en las ciudades del fascismo. Pronto se vieron las calles de Segovia invadidas por las camisas de F. E.

Los falangistas tomaron parte principal en los actos vandálicos bajo la dirección de un sujeto llamado Luis Hermosa, que se hallaba preso por haber agredido a unos muchachos que vendían el periódico «Juventud» y que se había hecho pasar por simpático de las izquierdas hasta poco antes de las elecciones de febrero. Hay un hecho que puede dar idea de lo que son en la España fascista estos cabecillas de Falange.

Se celebraba una reunión de los falangistas de la comarca. Hermosa, con planta mussoliniana, lleno de emblemas el pecho, discursaba con oratoria presuntuosa y hueca. En el transcurso de su intervención, un médico, caracterizado falangista, se permi-

Las dos retaguardias

En «La Dépêche» de Toulouse se ha publicado un artículo de su enviado especial a los frentes de Aragón relativo a la batalla de Teruel. En él se dice que dicha pugna, que ya dura mes y medio, es muy sangrienta y causa grandes pérdidas a ambos adversarios. Pero se añade que los republicanos disponen de fuertes reservas, cosa que no ocurre al Ejército de Franco.

Ahora bien. Franco ha contado, desde el primer día, con Africa y el socorro de las naciones totalitarias europeas. Además, ha movilizado catorce cupos. Debe de tener en filas por lo menos un millón de hombres.

¿Pero cuántos de ellos son seguros? Poquísimos. De ahí que haya que distinguir, entre la soldadesca franquista, a los elementos de choque y a los que sólo pueden ser utilizados en servicios secundarios y muy lejos del frente.

¿La causa? Que mientras la retaguardia republicana se ha ido organizando y disciplinando, la retaguardia facciosa va sufriendo un proceso rapidísimo de descomposición.

En julio de 1936, el Estado se vino a tierra en España, porque le quitaron bruscamente sus puntales básicos. Quedó sin Ejército, sin Policía, sin Magistratura, sin Burocracia, sin Comunicaciones. Los rebeldes se lo llevaban todo. Habían preparado el golpe con astucia diabólica. El pueblo español vióse desamparado, desarmado, sin medios de resistencia ni de coordinación... Y tuvo que improvisarlo todo febrilmente. ¡Qué extraño es que tal situación determinara confusión, desórdenes y excesos lamentables?

Pero poco a poco, gracias al esfuerzo de hom-

bres de buena voluntad, clarividentes y enérgicos, gracias también al concurso de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales, gracias igualmente al buen sentido de la masa popular, el orden fué sustituyendo al caos, la disciplina a la indisciplina, el trabajo metódico e inteligente a los caprichosos ensayos de un arbitrio utópico. Y días pasados, un gran diario de derechas de París, el fascistoide «Le Temps», órgano de los millonarios del Comité de Forges, ha tenido que declarar lo siguiente, que es definitivo y categórico:

«En la España republicana se ha reconstruido y montado de nuevo la máquina del Estado, con todas sus piezas.»

¿Qué sucede, mientras, en la zona facciosa? Sucede que ya no basta el terror. Que no hay cárceles suficientes. Que el odio y el desprecio públicos ahogan a los verdugos oficiales y a sus ayudantes espontáneos o forzosos. Que todo es silencio y desafección. Que nadie cree los comunicados de Salamanca ni sus ampliaciones periodísticas. Que el espectáculo diario del país, ocupado militarmente por salvajes de Africa y condottiers europeos, abochorna a cuantos conservan en sus almas sentimientos españoles.

La curva de la retaguardia republicana sube a las estrellas. La curva de la retaguardia facciosa, se despeña al abismo de la catástrofe irremediable. Teruel, nuestra gran victoria estratégica, sorpresa de los miopes que nos creían vencidos, no es sino la consecuencia de ese doble fenómeno de ascensión magnífica y de hundimiento fatal.

¿Se ha expulsado de la España nacionalista al príncipe Javier de Borbón-Parma?

Gibraltar, 26. — Recibimos de fuente nacionalista digna de fe, una información, según la cual, el general Franco ha expulsado de España al príncipe Javier de Borbón-Parma. Créese que el príncipe vino a España para hablar con Franco acerca de la forma definitiva de Gobierno que había de darse a España y para ofrecerse como regente. Pero, parece que el príncipe trató de obtener el apoyo de los requetés para su causa y, con ello, provocó maquinaciones que han disgustado al Jefe de la España nacionalista.

(«Gazette de Lausanne», 27-I-1938.)

tió iniciar una aclaración, interrumpiéndole, y el jefecillo le atajó, diciéndole: «Cuando el jefe habla, la Falange escucha». Y ordenó a continuación que le cortasen el pelo, correctivo que fué impuesto al atrevido inmediatamente.

SE HABLA DE RENDICION

A los pocos días del movimiento, unos individuos que vestían el uniforme de Falange mataron a tiros al caracterizado jefe falangista Onésimo Redondo, y esto fué pretexto para justificar centenares de asesinatos.

Mientras tanto, el miedo era enorme. En Madrid había fracasado la insurrección y los grupos salidos de la capital organizaron la resistencia de la Sierra, deteniendo a las columnas de Mola. El Alto del León era nombrado con respeto a causa del crecido número de bajas que les había costado a los rebeldes, y se llegó a tratar muy en serio de la rendición de Segovia en conciliábulos, a los que no era ajeno el Obispo, primera figura de la capital. A pesar de las alocuciones que Radio-Segovia dirigía a la población y de las brillantes noticias que su «speaker», un capitán apellidado Riera, mezclaba con el grito de «¡Arriba los corazones!», no las tenían muy seguras los primates segovianos en aquellos días.

Esas horas de terror y de tiranía son principio de una época que no podrán olvidar los segovianos. Uno de los castigos consistía en hacer beber a los detenidos una insoportable mezcla de ricino y gasolina, que ocasionó

graves trastornos y no pocas muertes. Epoca siniestra de fusilamientos y ricino, arrancada de las estampas de la España inquisitorial, que ninguna conciencia podrá olvidar, y que es de oprobio para los malos españoles que hasta tal punto perdieron el concepto de su honor.»

Intercambios entre la Italia fascista y el III Reich

La parálisis progresiva de Mussolini

París, 28. — La prensa francesa publica una fotografía de Mussolini a la cabeza de su Estado Mayor, que ríe de una manera poco respetuosa, haciendo el paso de la oca. «Excelsior», amigo de Mussolini, escribe al pie de la fotografía: «Los milicianos fascistas han adoptado el paso de la oca, que será conocido desde ahora como «paso romano». El propio Mussolini ha dado el ejemplo, desfilando «al paso de la oca» a la cabeza de una columna de milicianos.

El duce quedó tan impresionado por el paso alemán en su viaje a Berlín, que decidió adoptarlo para su ejército.»

A esto hay que añadir que continúa el intercambio entre Alemania e Italia. Se cambian empleados, los obreros, los espías, los directores de seguridad, etc., y, ahora, las manifestaciones más características de la «civilización occidental». El saludo — que nunca tuvo nada de romano, sino que debió su origen a los actores de Shakespeare —, fué adoptado por Hitler, que afirmó

Los rebeldes sufren gran quebranto en su aviación

Berlín, 28. — El «Deutscher Allgemeine Zeitung» anuncia oficialmente que en uno de los combates aéreos desarrollados sobre Teruel, han perecido el comandante Manuel Negión, uno de los mejores con que contaba Franco.

En los diversos encuentros que las aviaciones enemigas han sostenido sobre la provincia de Teruel, han perecido buen número de aviadores alemanes, italianos y españoles, muchos de los cuales eran calificados de «ases».

ESTE DIARIO SE REPORTE GRATUITAMENTE

que el tal saludo era alemán y había sido hecho por Lutero en el Concilio de Worms. Ahora, Mussolini remeda el paso de la oca, y dentro de unos días dirá que fué Julio César quien lo inventó.

Todas estas noticias no tienen nada de extraordinario, si se piensa que informes de fuente seria aseguran que la parálisis progresiva de Mussolini avanza rápidamente.

EL «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION» se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

VIII

ASI ERA COMO ASESINABAN

Al amanecer del día 15 de septiembre los campesinos que llegaban a Vigo con sus provisiones por la carretera general de Orense encontraron a la altura de la curva de Puxeiros varios cadáveres tirados en la cuneta. Los asesinados, que eran siete en total, estaban esparcidos. Algunos habían sido arrastrados desde la carretera donde se les había dado muerte hasta las tapias del cementerio de Cabral, que se halla a unos trescientos metros. No tardó en identificárseles. Todos eran personas conocidísimas en Vigo.

Hasta la noche anterior todos ellos habían estado encarcelados y sus deudos habían ido a visitarles a la cárcel y les habían visto allí horas antes. No había contra ninguno de ellos cargo alguno concreto hasta el extremo de que no se les había podido procesar y se les retenía encarcelados sólo por sus ideas republicanas, socialistas y comunistas.

Uno de ellos, don Eugenio Arbones Castellanzuelo, no había cometido otro delito que el de haber sido diputado socialista en las Cortes Constituyentes; desde hacía ya dos o tres años se hallaba considerablemente alejado de las luchas políticas y no tuvo ninguna intervención en los últimos sucesos. Era médico tocólogo, una de las primeras notabilidades de su especialidad en toda Galicia y sólo se le podía acusar de que en el momento de la resistencia que se hizo en Lavadores a los militares sublevados, había estado curando heridos en el Hospital Municipal, al cual pertenecía como facultativo. Al doctor Arbones se le encarceló por la denuncia de otro médico también tocólogo, el doctor Lombardero, que, precisamente, pasea hoy por Vigo en el automóvil que fué propiedad de su colega, de cuya clientela se ha constituido también en heredero. El caso es bastante frecuente y explica la razón última y verdadera de que se haya asesinado a muchos infelices y, en definitiva, del triunfo del fascismo.

Otro de los asesinados era el doctor don Manuel Morgado, caracterizado en Vigo, precisamente, por su indiferencia y alejamiento de la política. Cuando le detuvieron, los hombres de izquierda que le conocían dijeron unánimemente que los fascistas con aquella detención habían rehabilitado a Morgado, al que sus conciudadanos reprochaban su desdén olímpico por la política. Debía su encarcelamiento a un incidente revelador de lo que ha sido el terror blanco en Galicia. Iba de paseo a raíz de la sublevación militar con el cónsul de los Estados Unidos en Vigo, amigo suyo, cuando a la puerta del Club Náutico les abordó un falangista, Fernando Hyllass, quien con ademanes descompuestos increpó al cónsul norteamericano por haberse negado éste a saludar levantando el brazo a la romana como estaba mandado. El doctor Morgado discutió con el falangista sobre el derecho que el representante consular de un país democrático tenía para no someterse a las exigencias rituales de los falangistas españoles. Morgado, que había vivido muchos años

en América y había adquirido la ciudadanía norteamericana, salió sólo de su absoluta indiferencia política para defender las libertades ciudadanas que él consideraba por encima de todas las contingencias. Los ciudadanos españoles — decía — eran dueños de darse el régimen que quisieran, pero los súbditos de otros países no tenían por qué allanarse a tales muestras de sumisión. El falangista Hyllass se revolvió furioso contra el doctor Morgado e intentó llevárselo detenido en el acto, pero el cónsul declaró que su amigo estaba bajo la protección del pabellón norteamericano y no consentiría que se le detuviese. Morgado fué efectivamente a refugiarse en el consulado de los Estados Unidos, pero pasadas unas horas creyó que el incidente no tendría ya más consecuencias y volvió a su domicilio. El cónsul norteamericano protestó contra la insolencia de Fernando Hyllass y éste fué aparentemente separado de Falange. Asqueado de aquel ambiente, el representante de los Estados Unidos hizo sus maletas y se marchó de Galicia. No sabía aún que su conducta iba a tener las mismas desastrosas consecuencias que tenían los generosos impulsos de don Quijote cuando se metía a deshacer entuertos. El doctor Morgado fué días después detenido y encarcelado. Le metieron en la misma celda que su colega el doctor Arbones y de allí les sacaron juntos en la madrugada del 15 de septiembre para asesinarlos.

Otro de los cadáveres aparecidos aquella mañana en la curva de Puxeiros era el de don Segundo Echegaray, propietario, alejado de la política activa y encarcelado solamente por ser hombre de abolengo republicano y porque se sospechaba que pertenecía a la francmasonería.

De la prisión que se había improvisado en el frontón se sacó también aquella madrugada a don Abraham Muñoz Arconada, oficial de Prisiones que estaba encarcelado por sus ideas políticas y principalmente por ser hermano de Alfonso Muñoz Arconada, activo elemento de las juventudes socialistas unificadas de Madrid que en aquellos momentos hacían frente a la rebelión militar. Por las emisiones radiofónicas del «Altavoz del frente» habían conocido los falangistas la actuación en Madrid del hermano del detenido y decidieron vengarse asesinando a éste.

Los restantes asesinados, hasta siete, eran, don Luis Bilbatua, jefe de Telégrafos, hermano del diputado a Cortes fusilado días antes (otro hermano Bilbatua fué también asesinado); don Ignacio Taboada, remitente de pescado, cuyos delitos fueron el haber pertenecido a la O. R. G. A. y el ser amigo personal del señor Casares Quiroga, y el militante comunista José Araujo Conde, al que igualmente asesinaron después otro hermano.

A estos siete hombres que estaban encarcelados sin haber cometido ningún delito por el que se les pudiera perseguir en justicia, se les sacó de sus celdas a las dos de la madrugada para asesinarlos. Los testimonios son irrefutables. Quienes se presentaron en la cárcel reclamándoles fueron concretamente los falangistas Guillermo Oya García-Barbón,

propietario; Joaquín Yáñez, perteneciente también a una de las familias más adineradas de Vigo, y Enrique Rodríguez Cantero, conocido por «Tajuelo». Estaba de guardia en la prisión cuando los falangistas se presentaron reclamando a los presos un individuo llamado Antonio Riego que tenía el grado de sargento en el Ejército. Iban acompañando a los falangistas varios guardias civiles y de asalto que «por orden superior» habían sido puestos a su disposición para que les protegiesen y auxiliasen en la misión que se les había encomendado.

Los presos fueron metidos en los automóviles propiedad de sus verdugos que ellos mismos condujeron hasta la curva de Puxeiros. Una vez en aquel lugar, los propios falangistas, Oya, Yáñez y Tajuelo con las armas automáticas que llevaban les dieron muerte uno a uno. Todos los asesinados tenían entre otros muchos balazos un «simbólico» tiro «en la barriga». Esta era la manera que los falangistas tenían

En Teruel, con los servicios médicos.

(Continuación)

fueron traídos a este hospital. Un camarada español fué de cama en cama escribiendo cartas para las familias de los enfermos. Cuando el director miró a Irene Goldin, dijo:

—Tengo que traer periódicos en español para estos hombres.

Y a la mañana siguiente ya los tenía.

Irene se fué a recorrer el hospital y volvió a poco. Hay una sala sin enfermeras experimentadas. Voy a ver al director. Le preguntaremos si podemos encargarnos de ella. Contamos con Andrea (enfermera española). Podemos arreglarnos, ¿verdad?, como es natural. Dorothy Rutter y Andrea se mostraron de acuerdo... y también el director.

MAGNIFICO TRABAJO DE LAS ENFERMERAS ESPAÑOLAS

En todos los equipos, nuestras enfermeras elogian la labor de las camaradas españolas. Dieciocho meses de guerra han constituido una rápida y dura educación para las mujeres españolas. Su resistencia es magnífica. Aurora, María y Guadalupe, que trabajan con Jean Purser, pasaron la semana pasada tres días con tres noches en la sala de operaciones, sin el menor descanso.

Fuí a la sala que antes había sido un estable. Ada Hodson estaba confeccionando ropas. En tres días sólo había dormido cinco horas; pero estaba alegre y aplicada a su trabajo. La observé cómo atendía a un enfermo difícil, que tenía heridas en la cabeza. Podía apreciarse que estaba cansada.

—Hay que soportar muchas cosas, ¿verdad?—le dije.
—¡Oh, no importa! Lo malo es lo que sufren ellos...

En su sala hablé con Percy Batson, un camarada canadiense que estaba herido en la espalda. El y un compañero español fueron alcanzados desde el aire por los disparos de ametralladora, mientras conducían una ambulancia al frente. Lo encontré relativamente bien.

EL SUCESO DE LA AMBULANCIA CANADIENSE

Una noche, cuando venía por el campo, encontré a la ambulancia «Tom Ewen», enviada por el pueblo canadiense. Hablé con Tom Sims y Leon Tyser. El coche había

Es el fascismo internacional el que intenta la ofensiva Las bombas del «Csar» procedían de la España franquista

París, 28. — A propósito de la explosión de Villejuif, «L'Humanité» dice que «las bombas de trilita que se examinaban en el Laboratorio municipal, habían llegado de la España facciosa y los detonantes eran alemanes». El periódico publica fotografías de las bombas estalladas, en las que se lee la inscripción franquista.

Cachin publica un artículo sobre el mismo asunto, destacando la traición del «Csar», y pidiendo al Gobierno medidas contra las maniobras criminales de Franco.—S. I. E.

de firmar sus crímenes para que no hubiese duda de quienes los cometían. Querían así aludir de una manera torpe y vesánica a una frase que, calumniosamente, sin el menor fundamento, se había atribuido a un gobernante republicano.

Después de dar muerte por su propia mano a las siete víctimas que habían escogido, los ricos falangistas gratificaron con cincuenta pesetas a cada uno de los guardias que les habían auxiliado. El beneficio económico que los guardias obtuvieron de aquel «servicio» debió, sin embargo, ser bastante más considerable porque las familias de los asesinados comprobaron que los cadá-

veres habían sido despojados de todos los objetos de valor que poseían. Una de las víctimas, horas antes en la cartera un flete de cien pesetas que no recibió.

Los cuerpos ensangrentados fueron recogidos ya a media mañana y trasladados en carretilla al inmediato cementerio de Cabral, donde recibieron sepultura.

Aquella misma tarde, en el Casino de Vigo, los asesinos se juntaban de su hazaña. Entre los socios del Casino, gente toda de derecha, hubo un instintivo movimiento de repulsión contra ellos e incluso empezó a hablarse de expulsarlos.

Pero el terror reinante aplazó pronto todas las protestas.

recibido ocho balazos; pero ellos salieron ilesos y estaban reparándola. Tom me contó que había estado llevándola al frente desde que la trajo en septiembre.

En este pueblo estoy alojada en casa del alcalde, que ofreció hospitalidad a las enfermeras. Una mañana, acababa de vestirme cuando empezó a oírse el ruido de los aeroplanos. La señora del alcalde me preguntó:

—¿Quiere usted ver nuestro refugio?

Me llevó por detrás de la casa a un túnel donde estaban los abuelos. En unas cavidades abiertas en las paredes, estaban sentados los niños, tomando tazas de cacao que les había traído su hermana mayor. Oíamos cómo caían las bombas. Para distraer a los pequeños, cogí el último folleto publicado por el Comité Médico de Ayuda a España, y les enseñé los grabados. La madre me explicó por qué no hacía las camas hasta por la noche.

—Mi casa siempre estaba arreglada. No me gusta verla sucia, como está ahora; pero tengo que llevar a los niños a la montaña durante todo el día y no puedo hacer mis trabajos caseros hasta la noche. ¿Comprende? Debo procurar salvar a mis hijos.

Cuando los monstruos negros desaparecieron del cielo, regresé al hospital.

VISITA A UN NIÑO ENFERMO EN UNA CUEVA

Una tarde el doctor Saxton dijo: —Voy a visitar a un niño enfermo. ¿Quiere usted venir conmigo? En vez de ir por la carretera, iremos por el campo.

Hacía una hermosa tarde de sol, que nos recordaba la primavera inglesa. Llegamos a la casa. Fuimos de cuarto en cuarto; pero todos estaban vacíos. Nos acercamos a un hombre que estaba solo.

—¿Dónde está el niño?—preguntó el doctor Saxton.

—Se ha ido a las cuevas.

—Muy bien. ¿Hará usted el favor de decir a la familia que ha venido el doctor?

Después encontramos a otro hombre, quien se ofreció a indicarnos dónde podríamos encontrar a los pa-

dres. Nos llevó por un sendero y señaló un agujero en la falda de una montaña. Seguí al doctor Saxton. Hallamos sentados a un hombre y dos mujeres. Una pequeña, de ojos negros, ojos brillantes y mejillas sonrojadas estaba echada en un cesto. El padre alumbró con un candil y examinó a la criatura. Cuando le hubo explicado a la madre los cuidados que necesitaba su hijo, nos dispusimos a salir. Los padres nos siguieron.

—Todo el día volaron sobre nosotros—dijeron.

—Siete horas estuvimos en el túnel.

Advertí que estos hombres y mujeres no tenían aspecto de mendigos sino que iban limpios. Las almohadas de la cuna de la niña eran bonitas. Los muchachos llevaban jerseys impecables. Cuando regresamos a través de los campos me preguntaron: «¿Por qué llevarán esta vida? ¿Por qué no se irán a las ciudades apartadas del frente, donde hay escuelas y clínicas, tiendas y lugares de reunión, a distraer de la cultura que la España republicana ofrece al pueblo?» Pero ¿por qué habían de hacerlo? En este pueblo tienen su hogar, sus tierras, sus rebaños. A sólo tres kilómetros de allí está el Ejército republicano. En él ponen su esperanza. Saben que está haciendo retroceder a los fascistas. Así, ¿por qué se han de marchar? Pero los fascistas, que no pueden vencer en el frente a los padres, vuelan por encima de las montañas en los aeroplanos de Hitler, ametrallan a los hijos, arrojan bombas incendiarias sobre las escuelas. Oí decir a una niña:

—Odio al sol y a la luna. ¡Cuándo podré pasear por el campo sin oír el motor del avión!

Pero la moral del pueblo español y de su Ejército es tan elevada, que Hitler y Mussolini nunca podrán vencer, ni aun ametrallando a mujeres, ni bombardeando hospitales. Cuando esta guerra se termine, habrá en España muchos muros destruidos. Pero los hombres que están luchando por sus derechos democráticos, podrán construir otros muros.

WINIFRED BATES